

Dolan Mor
Antología de
Spoon Raven

*El testamento poético
de un autor de culto*

Candaya Poesía 21

Diseño de la colección: Francesc Fernández

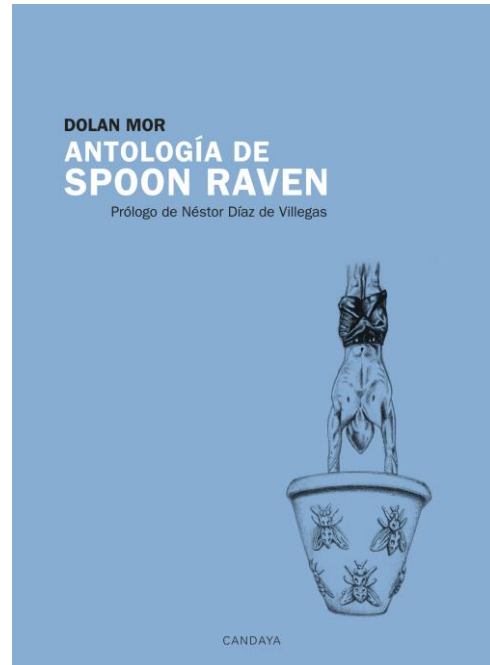
Imagen de cubierta: Lilo Mor

Primera edición: diciembre de 2018

ISBN: 978-84-15934-58-5

21x14cm; 102

PVP: 12€



ALGUNOS POEMAS DE ANTOLOGÍA DE SPOON RAVEN

ARTE POÉTICA

“No hables en tus poemas del ruiñeñor
de Wilde, ni menciones *amor, perfume, labio o rosa*”
–me dice en los manuales Ariel Rivadeneira–
y yo evito poner en cada verso escrito
un *ala*, algún *jardín*, la *luna* de Virgilio,
y hasta a veces me niego, sentado
en el alféizar, a mirar las heladas
del invierno en España, porque queman
las ramas de los árboles todos y la niebla
me invita a escribir con nostalgia
y ese signo, *nostalgia*, –me dicen
los manuales– es señal del pasado,
y se debe escribir sin alma, con estilo,
igual que si torcieras el cuello
de una garza con desprecio en tus dedos”.

“Habla de cibernética y de física cuántica,
menciona blog, pantalla, correos
electrónicos” –me aconsejan los críticos–.
Y yo sumo las cifras o despejo ecuaciones,
digo leyes, neones, sistemas invisibles
que arman genios, científicos.
También menciono genes, vídeos,
ordenadores, y hay instantes, incluso,

que hablo sin meditar y construyo asonantes
al decir aeropuertos, submarinos, aviones
y algún laboratorio (...), móviles, cines, clones.

Pero aunque logre versos posmodernos
siguiendo los consejos de sabios
que hablan de poesía como hablar
de la historia, de mercados, teoremas
que establecen los pliegues en las cuerdas
del tiempo, no he logrado escribir
el poema perfecto, e incluso
cuando leo alguna línea aislada
de Wilde entre las sábanas, y todos mis maestros (con diplomas de masters
y perfil de doctores) se divierten
en bares o en los *pubs* de internet,
yo lloro como dama sin remedio
y me jode el viejo de Quevedo,
y me arriesgo, en la cama, a que digan
los críticos en los post o en revistas:
“¡qué anticuado y qué griego se volvió
Dolan Mor leyendo a los antiguos!,
si hasta le creció un día, encima
de las cejas, (en lugar de la gorra
ladeada sobre un *pieving*) un ramo de laurel...

Pero logró dos cosas: pasar
imperceptible delante de los hombres,
como dijo Epicuro, y escribir con la espalda
inclinada en la hoja, sin cederle la mano
al influjo variable del tiempo y de las modas”.

HABLANDO POR TELÉFONO CON SZYMBORSKA

Somos malos estudiantes de una escuela
que llaman Universo
por eso repetimos cada año el mismo curso
alrededor del sol

La misma primavera con sus lilas desnudas
El mismo verano con los cuerpos en llamas
dispuestos a quemar los brazos del otoño
que pronto volverá con su muda camisa
al finalizar el grado escolar

Cada día que pasa en nuestras mismas sillas
en nuestras mismas mesas sin ningún profesor
repetimos la misma asignatura

Y al repetir el curso nos unimos al grupo
o a la fila en un aula con los mismos alumnos
sabiendo de antemano que ya nos parecemos
más al invierno enfermo con su blanco vestido
que a nuestros propios padres.

PLAGIO CARVER O AFTER RAVEN

Ningún cuervo voló hasta la rama de mi ventana.
Y, por supuesto, al no haber nada allí afuera
no era el cuervo de Ted Hughes, ni el cuervo de Galway,
ni el cuervo de Frost, Pasternak, o Edgar Allan Poe.
Ni uno de los cuervos de Homero, vestido de sangre
después de la batalla. Era solo un espacio vacío
en el lugar donde otros poetas tuvieron su cuervo.
Esa ausencia de cuervo en mi vida (como mi propia ausencia)
jamás encajó ni en la sociedad ni en parte alguna,
ni hizo nada digno de mención en este poema.
No estuvo nunca posado allí en el árbol
de la ventana durante unos minutos siquiera.
Y, por supuesto, tampoco alzó su vuelo hacia mi interior
ni desapareció bellamente de mi muerte.